



Un tsunami ha arrasado España en olas inmensas, con mareas diarias de enfermos, fallecidos y familias destrozadas; que estallaban en cifras y estadísticas ante nuestros ojos.

Como seguidores de Jesús hemos vivido este drama como unos ciudadanos más. Hemos enfermado, hemos colaborado como sanitarios y trabajadores esenciales, hemos estado confinados, muchos seres queridos nuestros han muerto en la distancia enorme de la soledad, nuestras iglesias, empresas y trabajos se han visto sacudidos hasta sus cimientos.

Dicen que el camino del dolor nos lleva a un país donde todos somos iguales, y aunque siempre hemos amado y sentido como propia esta tierra nuestra, hoy somos todos más iguales que nunca.

Desde esa cercanía e intimidad queremos abrazar a todos. A quienes han pasado la prueba de verse afectados en mayor o menor medida por la covid-19, a quienes lloran no haber llorado junto a sus amados que ya no están, a quienes miran el futuro con incertidumbre y angustia.

Pero sobre todo queremos honrar la memoria de quienes nos han dejado en esta batalla, caídos en el frente de las sombras. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, niños y profesionales. Nuestro inmenso adiós y nuestro profundo agradecimiento a sus vidas que de una forma u otra entregaron a sus familias y comunidades.

No podemos permanecer ajenos a esta realidad cruel, dolorosa. Pero tampoco al mensaje de la esperanza que los cristianos tenemos en la persona de Jesús, vencedor de la propia muerte: "Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?" (1ª Corintios 15:55).

MANIFIESTO: DANDO VIDA AL RECUERDO

Sabemos que más allá de las circunstancias "Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (Apocalipsis 2:14).

En esa confianza caminamos y así lo transmitimos con certeza. Dios no nos ha abandonado, quizás nos ha hecho descubrir nuestra vulnerabilidad, pero su mano está siempre extendida. Como la de todos los profesionales de la sanidad que han cumplido ejemplarmente con su misión abnegada y que nunca será suficientemente recompensada. Como las manos de nuestros mayores, que mientras tuvieron fuerzas asieron las nuestras, aunque finalmente no pudiéramos apretarlas con la fuerza del cariño en su último suspiro.

Y queremos terminar pidiendo que no olvidemos. Que los nombres ausentes siempre estén presentes. Que la labor de los sanitarios sirva para una Sanidad digna más allá de los aplausos. Que los ancianos que han quedado con nosotros tengan la asistencia y el cariño que merecen en todo momento.

Y también que, al final, en esta vulnerabilidad nuestra, Dios es la gran respuesta insondable a todas las preguntas, avatares y vacíos. También ante la pandemia del coronavirus.

